

TITULO DE LA OBRA: “NO LA DEJARON PASAR”

AUTOR: JUAN CABALLERO GÓMEZ.

No la dejaron pasar, no. Él estaba viviendo el segundo momento más importante de su vida, su muerte, y a ella, que era su verdadera vida, no la dejaron pasar.

El toro había cumplido con el mandato inherente a su naturaleza brava, se había defendido de un ataque, y en aquella pugna resultó vencedor. Y él, que era un ganador y que tantas tardes de gloria tenía en su haber, fue vencido.

Sucede que cuando el ganador pierde lo pierde todo, porque no se reserva nada. Todo lo arriesga porque se sabe ganador, y cuando gana lo gana todo. Pero... ¡ay!, cuando viene de frente...cuando el toro viene de frente...cuando el toro deviene en ganador, no hay otro ganador que le venza. Vence el toro, y el torero pierde. Y él perdió.

Cuentan que Manuel no estaba en un buen momento anímico, que había críticas a su entrega al torear y que la relación que mantenía con su verdadero amor, Antoñita, era rechazada por su entorno más próximo, que estaba más delgado que nunca y que su semblante reflejaba una profunda tristeza.

Ella era una mujer con un gran carácter y moderna para su época, que se enamoró y que enamoró con locura a un hombre al que hizo inmensamente feliz, mientras la mujer también lo era con él. Cuatro años de relación mantuvieron, aunque buena parte de ese tiempo de forma callada, como defensa hacia una sociedad hipócrita y malsana que aturdió cada día más a la pareja, que se cebaba con ellos y que los atacaba sin descanso. A Manuel le pedían que se arrimara al toro, a Antoñita que no se arrimase al torero.

Se habían conocido en el Madrid de los primeros años cuarenta. Presentados por una amiga común, pronto comenzaron a salir juntos hasta entablar una relación seria y estable, la que ninguno de los dos había tenido hasta entonces. Ella era guapísima, muy simpática y con unos andares y maneras de actriz de cine americana de la época, que realizaban su enorme atractivo. Manuel, Manolo, era espigado, delgado, no especialmente guapo, pero sí muy atractivo, callado y dominado por un entorno en el

que cada día se sentía más asfixiado. Un entorno al que ella tuvo que mostrar su carácter fuerte para enfrentar la hostilidad manifiesta que le brindó desde el primer momento.

Aquella tarde oscura, en esas horas mortecinas en las que el aire pesa y el sonido de la nada se oye en todos los rincones de cada estancia, irrumpió ella con su dolor. Un dolor profundo, un dolor del alma, un dolor infinito que se hizo brutal sonido cuando el desgarró de su gemido expulsó el lamento más estremecedor.

La tragedia venció a aquellas vidas. Y a ella no la dejaron pasar.

Ni despedirse pudieron.

Lejos quedaba el México colorista de esos años que fue testigo de su amor. Solo allí fueron realmente felices, lejos de España, sin presiones de gentes interesadas, egoístas y manipuladoras. Un México que los aguardaba para, en Octubre de 1.947, tan solo unos meses después del fatal desenlace, celebrar por fin su casamiento.

Porque mal que a los otros les pesara y aún con las dificultades impuestas por los opositores al enlace, él y ella ya estaban enlazados, y solo la tragedia ocurrida la tarde del 29 de agosto de 1.947 rompió el hechizo y la lazada terrenal que les unía.

Poco se habló después de ella. Mucho se habló después de él, califa del toreo y mito entre los mitos.

Tampoco hablaron mucho de Antoñita antes, cuando la época dorada. En los casi cuatro años que duró su romance con Manuel solo falsedades y maledicencias le dedicaron. No les convenía a los otros. La mujer podría tener poder sobre él y eso no les convenía. Por eso no la dejaban entrar en su vida, en lo privado, en lo público, en sus éxitos, en sus deseos, en sus intimidades... No, no la dejaban entrar. Ella representaba el camino de la vida para el hombre, un camino diferente al del torero, un camino que el hombre quería abrazar a partir de Octubre, un camino que se apartaba de los otros. Un camino que nunca pudo tomar.

Y los otros, aquella tarde de muerte y soledad tampoco la dejaron pasar. A verlo, a despedirse de él, a decirle una vez más todo lo que lo quería.

Pero él estaba perdiendo la vida y los otros veían que estaban perdiendo la mina que les producía, y no querían que alguien se la contaminara. Si hasta le dijeron que en

la larga agonía él no había preguntado por ella, que solo pidió la presencia de su madre... Y cuentan que aquello fue así para impedir el “matrimonio in artículo mortis” que algunos testigos manifestaron Manuel quiso celebrar con su amada.

Ella, gimió, gritó, suplicó, pero ni aún así. Ni por ser su última tarde, ni en atención a los profundos deseos y sentimientos del hombre, ni por el más mínimo sentido de la amistad, ni por respeto a la muerte, ni por respeto a la vida, ni por respeto al amor de esas dos personas.

Ni por esas la dejaron pasar.